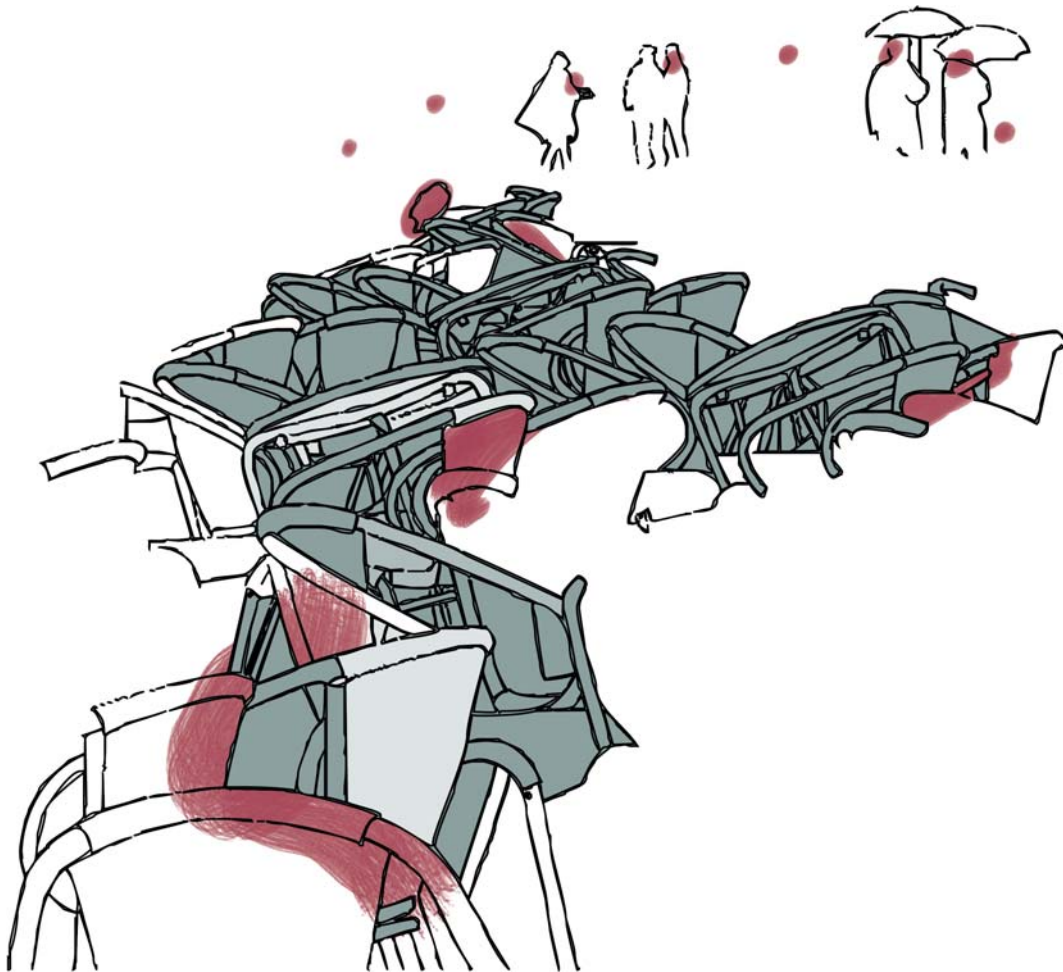


Liburu aipamenak

Reseñas

Comptes rendus



ankulegi

Abriendo el cofre de la cultura: seis llaves que nos anclan en el concepto

Sobre:

Díaz de Rada, Ángel (2010) *Cultura, antropología y otras tonterías*, Madrid, Trotta.

Patricia Fernández Martín

Universidad Complutense de Madrid

patriciafernandezmartin@gmail.com

Cuando aún resuenan entre algunos investigadores (por ejemplo, en la lingüística aplicada) aquellas tres culturas de los años noventa (“*Cultura*”, “*cultura*” y “*kultura*”), y cuando, quizá más que nunca en la antropología (pero también en otras ciencias sociales), se precisa de unas herramientas conceptuales que permitan comprender la cultura, aparece este libro del profesor Díaz de Rada para desterrar justificadamente la infundada triple división y para dotar de cuerpo a un vocablo cuyo significado hace tiempo que ha comenzado a resquebrajarse (caps. 1, 2 y 7).

Dichas herramientas conceptuales quedan materialmente plasmadas en lo que el autor denomina “las seis llaves de la cultura” (cap. 3), seis claves analíticas (etimológicamente, “*clave*” es el origen de “*llave*”) que nos permitirán acceder con mayor facilidad a la idea actual de cultura sin caer ni en el idealismo ni en el materialismo porque, para el científico social, no puede existir tal diferencia excepto como categoría *emic* del grupo que estudie (caps. 2 y 5). Como el dualismo cuerpo-mente, la oposición materialismo-idealismo no tiene cabida en una concepción de la cultura en la que existe una constante tensión entre las convenciones semióticas y las actitudes observables o, lo que viene a ser lo mismo, entre la sociedad y el individuo (cap. 6).

Comenzamos mencionando, pues, la primera llave, que fusiona lo universal y lo concreto (caps. 3 y 4). Toda acción es universal porque es cultural, toda cultura es concreta porque se da en un tiempo y en un lugar determinados. Pero, además, el par universal-concreto resulta un conjunto inseparable porque tiene en su esencia la que considero la única cualidad

Ankulegi 14, 2010, 153-156

Fecha de recepción: 14-X-2010 / Fecha de aceptación: 13-XII-2010

ISSN: 1138-347 X © Ankulegi, 2010

verdaderamente natural del ser humano: la diversidad. Nada caracteriza mejor al *Homo sapiens* que el ser diverso; nada define con mayor exactitud al *anthropos* que el crear constantemente diversidad. Por ello, creo que la universalidad humana se encuentra precisamente en su pluralidad (caps. 9 y 10).

La segunda llave ofrecida por el autor es otro par: acción-relación (caps. 3 y 4). La cultura puede así aprehenderse como consecuencia del proceso comunicativo entre las personas. La acción, perceptible a través de prácticas sociales observables, no se puede aislar de la red relacional en la que se insertan las reglas convencionalmente establecidas por las que toda acción esperablemente se va a guiar. Nuestro comportamiento se encuentra parcialmente marcado por las instituciones, que a su vez siguen ciertas normas y, por ello, carece de sentido encontrar explicaciones locales a actos que se comprenden mejor desde una perspectiva heurística.

Complementaria a esta perspectiva resulta ser la tercera llave, la del holismo (caps. 3 y 4). Esta clave de la cultura permite al antropólogo acercarse a los acontecimientos que le interesan desde un punto de vista reticular, es decir, atendiendo a ese hilo conductor que persigue por casualidad y que le acaba haciendo ver, con grata sorpresa, que tras un largo seguimiento lo que se ha encontrado finalmente es una compleja trama de relaciones sin la cual, ahora ya, no podría explicar la acción que pretendía comprender al inicio.

De este modo, el binomio estructura-proceso (la cuarta llave de la cultura; caps. 3 y 4) queda perfectamente plasmado al insertar la acción en un tejido más amplio. Toda práctica social se concibe en un constante movimiento que solo queda ficticiamente detenido durante unos instantes que el

antropólogo, siendo consciente de que la práctica-proceso se ha convertido en imagen-estructura, debe aprovechar para observar. Pero olvidar que esta observación se trata tan solo de una técnica etnográfica que en ningún caso muestra la totalidad de la acción, supone esencializar la cultura, hecho peligroso "de facto" no solo cuando se pretende rastrear los orígenes de una identidad simbólica común tal vez inexistente (lenguas originales, ritos ancestrales, lazos sanguíneos atávicos), sino también cuando se homogenizan las colectividades en busca de un rasgo distintivo que las convierta en grupos genuinamente irrepetibles (cap. 9).

Esta indagación en los pasados de las colectividades resulta sumamente arriesgada en la aplicación política. Aparte de la evidente reificación de la cultura que, en realidad, no es más que una nueva biologización de lo social (con su consiguiente velada percepción como inmodificable), el peligro que conlleva interpretarla como agente o producto sin serlo permite eximir de responsabilidad a las personas (caps. 7 y 9). El fracaso de la teoría asimilacionista *à la française*, la vergüenza del *indirect rule* británico con el correspondiente *apartheid* o el euroamericano multiculturalismo son ejemplos bastante ilustrativos.

Por su parte, la quinta llave ofrece un lugar para la cultura, situado en el punto central de un triángulo cuyos vértices conforman las relaciones sociales entre los agentes, las relaciones de estos agentes con sus acciones y las relaciones de estas acciones con los productos de la acción (caps. 3 y 4). Resultará ser ese nodo de confluencia del conjunto de relaciones el que permitirá a los agentes de cultura el reconocimiento de sus propias prácticas sociales (cap. 7).

Así, cuando las personas se dan cuenta de que alguien se está saltando las reglas (en situaciones de contacto intercultural o de malentendidos sociales), se genera una especie de autoconciencia que no dista mucho, a mi entender, de la ocasionada en la constante negociación existente entre la alteridad y la identidad. Al crear la imagen del otro se configura la de uno mismo, individual o grupalmente; y esto solo tiene lugar en tanto se comparan, deseándolo o no, las prácticas sociales observables por cualquiera (saludarse solo dándose la mano) que obedecen a reglas consensuadas socialmente (en Alemania se dan la mano al saludar) e inferidas por el espectador a partir de lo observado, con las prácticas sociales esperables en función de la experiencia previa de dicho observador, la cual se ha desarrollado conforme a las reglas, igualmente convencionales, de su propio colectivo. Estas reglas, que han sido objeto de transmisión y, como consecuencia, de aprendizaje, permiten, por ello, crear ciertas expectativas sobre lo adecuado de cada acción, de forma que lo llamativo de su incumplimiento causa la reflexión sobre su existencia y la posterior reestructuración de los esquemas concebidos dentro de su propio grupo social. La conclusión final lleva a definir las prácticas sociales del "otro" en términos de oposición con las propias ("en Alemania no se saludan con dos besos").

La función del antropólogo, en una primera fase de estudio, se asemeja muchísimo al proceso descrito. Utilizando diversas técnicas etnográficas, entre las que se encuentra, claro está, la observación fortuita de cualquier fenómeno social que lo rodee, el antropólogo debe ser capaz de ir atando cabos en esa extensa red que a modo de laberinto conceptual se le presenta cada vez que intenta comprender una práctica social concreta.

De la misma manera que cualquier observador aprende y adquiere convencionalmente las reglas sociales a través de las prácticas, el antropólogo pertenece a una sociedad en cuyo seno ha aprendido a convivir. A semejanza de las constantes comparaciones que el espectador corriente lleva a cabo entre sus incorporadas normas y las pautas que ve representadas en las prácticas sociales de los "otros", el antropólogo no podrá evitar cotejar sus propias asunciones con las de los demás; pero, a diferencia del no experto, el científico social se preocupará de relacionar los elementos más llamativos de la sociedad-objeto entre sí, intentando superar el natural etnocentrismo mediante la aplicación de un relativismo metodológico que es el único relativismo, en realidad, exigible desde una perspectiva ética en nuestra profesión, debido a que la aceptación de los demás relativismos (moral o cultural) dependen, en realidad, de la propia decisión del científico (cap. 11), que no es un ser asocial ni acultural ni atemporal.

Estas reflexiones llevan a mencionar la sexta y última llave: el sujeto concebido como individuo-en-relación (caps. 3 y 4). Si, cuando se habla de prácticas, parece que se está constantemente haciendo alusión a hechos sociales y procesuales, cuando se mencionan las acciones el protagonista resulta ser el individuo, más acaparable analíticamente que las relaciones que lo conforman (por inabarcables) y, por ello, más fácilmente convertible en objeto directo de estudio para el antropólogo.

Por este mismo motivo, se justifican los intentos de crear microuniversos antropológicos que sean apprehensibles para el investigador y de utilizarlos como herramienta limitadora del objeto-sujeto de estudio. Sin embargo, el hecho de que el científico sitúe a los individuos en un marco social concreto

no exime a estos de sus responsabilidades en tanto agentes de sus propios comportamientos. La constante lucha entre el individuo y la sociedad se hace patente al tratar de comprender el concepto de cultura: el sujeto es responsable de sus hechos, que han sido realizados en coordinación con otros hechos de otros sujetos relacionados con el primero (cap. 6). Lo cual, claro está, incluye al mismo científico (antropólogo-en-acción) en la relación con sus propios objetos-sujetos de estudio y corresponsable de sus acciones.

De este modo, el concepto de cultura propuesto toma como base cualquier práctica social percibida como un proceso y creada en y por reglas convencionales a las que el antropólogo ha de llegar utilizando las técnicas etnográficas (caps. 3, 4 y 8). Retornando de este modo a la lingüística con la que comencé, Díaz de Rada se convierte así en el Moreno Cabrera de la antropología actual: audaz, divulgativo, transparente, innovador y, si se lee con ánimo de aprender, profundamente convincente.